

Icaria Editorial

La revolución reaganiana en la política de defensa norteamericana. Una evaluación retrospectiva

Author(s): Michael T. Klare

Source: *Mientras Tanto*, No. 21 (diciembre 1984), pp. 79-89

Published by: [Icaria Editorial](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/27819471>

Accessed: 20/06/2014 14:51

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at
<http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Icaria Editorial is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Mientras Tanto*.

<http://www.jstor.org>

La revolución reaganiana en la política de defensa norteamericana. Una evaluación retrospectiva

MICHAEL T. KLARE

«Este no es un programa de un año para soldados de verano —declaró el secretario de Defensa de los Estados Unidos, Caspar Weinberger, al presentar el presupuesto de Defensa de 1,8 billones de dólares para el año 1981 de la administración Reagan—; se trata de algo de muy largo alcance.» Hoy, tres años después de estas palabras, podemos empezar a apreciar la justeza de la profecía del señor Weinberger: la actual administración ha efectuado la más profunda y completa expansión del poderío militar estadounidense desde la segunda guerra mundial, y ha adoptado una postura en lo militar muchísimo más activista que cualquier otro gobierno en los años recientes. A pesar de la peor recesión vivida en medio siglo, los gastos militares han crecido en un 49 por 100, desde 176 mil millones en el año fiscal 1981 hasta 262 mil millones en 1984, y se ha aprobado la producción de un nuevo surtido de proyectiles, navíos y aviones de guerra. Por añadidura, la administración ha introducido cambios importantes en las doctrinas y las estrategias que guían el comportamiento militar de los Estados Unidos. Y aunque el señor Reagan no se mantenga en su cargo después de 1984, estas iniciativas presupuestarias y políticas seguirán guiando la política norteamericana de defensa durante un larguísimo período en el futuro inmediato.

Michael T. Klare es *fellow* del Institute for Policy Studies en Washington, D.C., y autor de *Beyond the «Vietnam Syndrome»* y otros libros. El presente artículo apareció en *The New Statesman* del 9-IX-1983.

La coincidencia de que esté a punto de ser dado a la luz un nuevo presupuesto del Pentágono y de que pronto vaya a iniciarse la campaña electoral de 1984 constituye una ocasión oportuna para examinar la política de defensa de la administración y para evaluar su impacto a largo plazo. Como los aspectos más visibles del programa Reagan han sido los incrementos del presupuesto y la modernización de las fuerzas nucleares, empecaremos nuestra evaluación con estos componentes-clave.

Arguyendo que los anteriores niveles del presupuesto eran «claramente inadecuados» para contrapesar la continuada expansión del poderío militar soviético, el señor Weinberger propuso un firme crecimiento del gasto militar, del orden del 10-15 por ciento anual en dólares constantes. De acuerdo con este propósito, el presupuesto militar autorizado creció desde 176.100 millones de dólares en el año fiscal 1981 hasta 214.200 millones en 1982 y 240.500 millones en 1983. En virtud del plan Weinberger, estas cifras seguirían subiendo hasta 274 mil millones en 1984, 322 mil millones en 1985 y así sucesivamente, hasta alcanzar la cima colosal de los 425 mil millones en 1988. Acompañando a este impulso ascendente, además, ha tenido lugar un brusco aumento del déficit federal y una drástica reducción de los gastos sociales en el país.

Si bien el Congreso accedió a los requerimientos para el presupuesto del Pentágono en 1981 y 1982, en 1983, en cambio —al acercarse el déficit federal a la cota de 200 mil millones y al verse los programas sociales recortados al máximo—, varios dirigentes de ambos partidos insistieron en que era necesario algún cercenamiento. Hasta el senador Paul Laxalt, republicano conservador y estrecho aliado del presidente, declaró que las cifras del Pentágono «han de reducirse considerablemente» a la luz del crecimiento «intolerable» del déficit. Pese a que el señor Weinberger no quiso moverse ni un ápice de su promontorio fiscal, el Congreso votó finalmente la reducción de la solicitud del Pentágono en doce mil millones, bajando el nivel de gastos fiscales para 1984 a los 262.400 millones. Muchos analistas creen que esta cifra habría sido considerablemente más baja de no haber sido por el incidente del avión comercial coreano del mes de septiembre y por el bombardeo de Beirut de octubre, hechos que parecieron confirmar la pesimista valoración que la administración hace del entorno militar mundial.

Habiendo concluido tan sólo recientemente la batalla en torno al presupuesto fiscal de defensa para 1984, la administración ya se prepara para otro asalto en torno a su solicitud para el año fiscal 1985. Se dice que el secretario Weinberger persigue un incremento de 59.200 millones, o sea el 22 por 100, sobre la

cifra de 1984. Este aumento enorme, de ser adoptado, constituiría el mayor salto en los gastos militares en un solo año desde la segunda guerra mundial. También liquidaría toda posibilidad real de reducir el déficit federal, y por esto ha generado un considerable malestar dentro de la propia administración. Después de un encuentro con el presidente Reagan el 9 de diciembre, se dice que Weinberger aceptó reducir su petición a 305 mil millones, manteniendo así el incremento en un 16 por 100 aproximadamente. Es probable que incluso esta cifra, no obstante, halle una significativa resistencia en el Congreso si las previsiones sobre el déficit federal siguen aumentando.

Sean cuales sean los resultados del debate sobre el presupuesto del año fiscal 1985 y de las elecciones de 1984, el programa de gastos militares de la administración seguirá influyendo en la política fiscal norteamericana hasta bien entrada la década de 1990. Esto es así porque los *desembolsos* del Pentágono —la suma efectivamente gastada cada año en bienes y servicios— tienden a quedar muy atrás respecto al *presupuesto autorizado* —esto es, la suma autorizada por el Congreso para inversiones a largo plazo en programas militares—. En 1983, por ejemplo, el presupuesto autorizado se fijó en 240.500 millones, mientras que los desembolsos ascendieron sólo a 209.000 millones. Y como los nuevos programas armamentísticos tienden a vincularse con determinados intereses que empujan firmemente hacia la continuidad de la producción de un artículo una vez que se ha establecido la obligación contractual inicial, los gastos corrientes de defensa seguirán elevándose durante la década de los ochenta aunque el presupuesto autorizado se congele al nivel actual o incluso se reduzca. Al igual que ocurre con un buque cisterna gigante en veloz movimiento, el presupuesto militar ha adquirido un impulso hacia adelante que no puede ser fácilmente frenado.

Es probable que el programa nuclear de la administración tenga, igual que el esfuerzo presupuestario, un impacto duradero sobre la política de defensa estadounidense. Poco después de acceder a su cargo, el señor Reagan aprobó un programa de 222 mil millones para seis años destinado a restablecer la «superioridad» nuclear norteamericana. Bajo el plan presidencial, las tres piernas de la «tríada» nuclear —cohetes balísticos (ICBM) instalados en tierra, cohetes instalados en submarinos y bombarderos pilotados— deben ser modernizadas simultáneamente, mientras que el sistema estratégico norteamericano de mando, control y comunicaciones (o «sistema C3») debe ser significativamente ampliado. Esto sólo, por sí mismo, representaría un esfuerzo decisivo, pero el señor Reagan desde entonces ha añadido nuevas tareas, requiriendo el desarrollo de nuevos sis-

temas nucleares «defensivos» para su despliegue en el espacio y en bases de cohetes de los Estados Unidos. Desde los tiempos de Kennedy, nunca un presidente norteamericano había tratado de adquirir de golpe tantas nuevas armas nucleares, y nunca anteriormente habían generado tales programas tanta controversia en el Capitolio y entre el público en general.

El más controvertido es, por supuesto, el proyectil balístico intercontinental de cabeza múltiple MX. Después de aprobar fondos para la obtención del MX a finales de 1982, el Congreso votó a favor de la adquisición de 21 cohetes —al costo de 2.100 millones— a finales de 1983. Sin embargo, para alcanzar este propósito, la administración accedió a limitar la producción de los MX a cien cohetes (en lugar de los doscientos pretendidos antes), y a empezar trabajando con un ICBM móvil y de cabeza simple llamado Midgetman cuando lo propuso la comisión Scowcroft en abril de 1983. La controversia en torno al MX todavía no ha sido acallada, por lo demás, y es posible que el apoyo al programa se debilite aún más a medida que la administración se vaya comprometiendo con otros programas nucleares costosos.

Es probable que otras armas del programa nuclear de la administración topen con una oposición significativa. El bombardero B-1 B, por ejemplo, sigue suscitando resistencia debido a su coste colosal y a su dudosa capacidad de supervivencia. Siendo su precio de 553 millones de dólares por aparato (en el año fiscal 1983 se dotaron fondos para siete de ellos, que sumaban 3.870 millones), resulta con mucho la aeronave más costosa jamás construida. Tal extravagancia es particularmente difícil de justificar, además, si se tiene en cuenta que hasta sus partidarios más entusiastas reconocen que difícilmente podrá sobrevivir a las defensas aéreas soviéticas mucho más allá de comienzos de la década de 1990.

Sin embargo, el plan nuclear del presidente se ha visto en dificultades no tanto por el descontento en torno a alguno de estos programas específicos como por sus supuestos estratégicos. Abandonando la postura de «pura disuasión» de anteriores estrategias, que se basaban en la posesión de capacidades seguras de segundo golpe, la administración ha requerido la adquisición de las suficientes armas nucleares para «prevalecer» en una guerra efectiva. Este objetivo fue formulado por vez primera en el documento del Pentágono titulado «Defense Guidance» para el período fiscal 1984-1988, adoptado en mayo de 1982. Según la versión publicada de este documento, el señor Weinberger determinaba que en caso de guerra las fuerzas estratégicas de los Estados Unidos «deben prevalecer y ser capaces de

forzar a la Unión Soviética a buscar la finalización más pronta posible de las hostilidades *en términos favorables a los Estados Unidos*» (la cursiva es mía). Replicando a acusaciones de que esto representaba la reivindicación de una capacidad nuclear para librar una guerra con una orientación ofensiva, el señor Weinberger insistió en que la disuasión seguía siendo el objetivo de la administración; muchos observadores concluyeron, sin embargo, que el documento «Guidance» marcaba un viraje fundamental en la estrategia nuclear estadounidense.

Este viraje es especialmente evidente —advierten los críticos— en el plan de la administración para desplegar armas antcohete en el espacio. Estos planes fueron desvelados por vez primera en la alocución del 24 de marzo de 1984 del presidente Reagan sobre «la guerra de las estrellas», en la que propuso un esfuerzo tecnológico masivo para desarrollar nuevos sistemas instalados en tierra y en el espacio que permitirían a los Estados Unidos «interceptar y destruir cohetes balísticos estratégicos antes de que alcancen nuestro suelo». Si bien el señor Reagan hasta ahora no ha hecho suyo ningún concepto armamentístico particular, se sabe que los funcionarios del Pentágono propugnan el desarrollo de estaciones orbitales de combate, capaces de usar rayos láser para inhabilitar ICBM soviéticos en vuelo. Mientras quienes lo apoyan sostienen que sistemas de esta índole podrían ser operativos a comienzos de la década de los noventa, a condición de que se aborde ya un determinado esfuerzo tecnológico, quienes lo critican arguyen que cualquiera de estos sistemas será excesivamente costoso —las estimaciones oscilan entre los cien mil millones y el billón de dólares— y puede, a la postre, resultar inviable o no fiable. «Mi opinión —ha subrayado recientemente el premio Nobel Hans Bethe, de Cornell— es que todavía es pura ciencia ficción.» Muchos críticos arguyen también que el programa de «la guerra de las estrellas» desencadenará una peligrosa nueva guerra armamentista en el espacio, empujando a los soviéticos a desarrollar nuevas armas ofensivas que en definitiva podrían plantear a los Estados Unidos una amenaza nuclear mayor. Y mientras el señor Reagan ha dado a entender que las armas espaciales sólo serían usadas *defensivamente*, algunos analistas sostienen que tales sistemas alcanzarían su máxima efectividad al ser usados *ofensivamente*, para destruir cualquier ICBM soviético que pudiera sobrevivir a un ataque preventivo norteamericano.

Llegados a este punto, la polémica sobre la guerra en el espacio se mantiene aún en la esfera de lo verbal. No es probable que ninguno de los sistemas hoy considerados sea desplegado antes de los años noventa (cuando no después), de modo que las

futuras administraciones podrán elegir otras alternativas o abandonar todos esos planes. No obstante, ya se ha dado el paso hacia el compromiso práctico con la carrera armamentística en el espacio y, como ha ocurrido con otras iniciativas armamentistas del señor Reagan, será difícil renunciar a ellas una vez que ciertos poderosos intereses creados se vinculen a los sistemas propuestos.

Está claro que estas dos facetas del programa militar de Reagan —los firmes incrementos de los gastos y el desarrollo de nuevas capacidades nucleares— seguirán dominando el debate político nacional en torno a la política de seguridad de los Estados Unidos. Pero hay otros dos aspectos importantes del programa de la administración que hasta ahora no han suscitado la misma atención. Sin embargo, estos factores —el desarrollo de nuevas capacidades convencionales de combate y la modernización de la doctrina militar de los Estados Unidos— probablemente van a tener un impacto igualmente grave sobre la postura de los Estados Unidos respecto a su seguridad nacional en los años por venir.

Aunque los programas nucleares estadounidenses, muy comprensiblemente, han sido objeto del más detallado examen en el Congreso y en la prensa, el hecho es que los programas armamentísticos no nucleares, «convencionales», desempeñan un papel igualmente importante en el programa de Reagan, y reciben la parte del león en los aumentos presupuestarios. En el año fiscal 1984, por ejemplo, los programas nucleares estratégicos se llevarán unos 28 mil millones, o el 10 por 100 del total destinado al Pentágono, mientras que unos 234 mil millones serán dedicados a las fuerzas norteamericanas «de aplicación general» («General Purpose»), es decir, el Ejército y la infantería de Marina, las flotas de superficie de la Armada y los escuadrones tácticos y de transporte de la Fuerza Aérea. Éstas son las fuerzas destinadas a recibir el embate más fuerte del combate en cualquier conflicto futuro fuera de las fronteras del país (como ya lo han hecho en Granada y Líbano), y éstas son las fuerzas que están recibiendo la mayor parte de los fondos para investigación y desarrollo, adquisición de armas y modernización del equipo.

Entre los principales beneficiarios de este sector convencional figuran la Marina y la Fuerza de Despliegue Rápido (FDR). Organizada por vez primera por la administración Carter en 1980, la FDR se ha ampliado, pasando de ser una fuerza ligera y móvil de tal vez unos 200.000 soldados de infantería, a ser un ejército dotado de vehículos blindados pesados y con unos 350.000 hombres. En el curso del proceso, se están obteniendo

«facilidades para la instalación de bases» en Kenya, Somalia, Omán y Egipto, y se ha establecido una nueva autoridad operativa norteamericana, el Mando Central (Central Command, o CENTCOM) para la zona del Golfo Pérsico. (Por ahora el cuartel general central del CENTCOM seguirá estando en la base aérea de MacDill, Florida, pero un pequeño destacamento del mismo ha sido establecido a bordo del buque *USS La Salle*, con base en Bahrein.) Por añadidura, la administración ha presupuestado varios miles de millones de dólares para el suministro de nuevos buques y aviones de transporte para incrementar el número de fuerzas que pueden ser expedidas a cualquier punto alejado en caso de crisis.

Aunque la FDR fue creada originariamente con la intención de que se ocupara en exclusiva de misiones en el Golfo Pérsico, bajo Reagan ha pasado a asumir una responsabilidad que se hace extensiva a todo el planeta. Al sugerir que «nuestros programas para el Sudoeste Asiático deberían considerarse como parte integral de un esfuerzo más amplio destinado a revitalizar nuestra capacidad de réplica a escala mundial», el secretario Weinberger reclamó una expansión de las capacidades de la FDR en su informe fiscal de 1984 ante el Congreso. «Hay muchos lugares donde podríamos necesitar el envío de nuestra fuerza —declaró—, no sólo en el Sudoeste asiático y el Medio Oriente, sino también en África, América central, el Caribe y en cualquier otra parte.» Esta perspectiva globalizante se ha visto reforzada por los recientes acontecimientos del Líbano y el Caribe, que han confirmado repentinamente la decisión del gobierno de mostrar una actitud militar más activa en el exterior.

Paralelamente a este esfuerzo, ha habido una expansión considerable de la flota de superficie de la Marina, que va a incrementarse con tres nuevos grupos de combate dotados de portaaviones en los próximos diez años, y con otros navíos de combate. De hecho, la Marina ha estado en primera línea para asegurarse financiamientos extraordinarios del Pentágono, haciendo subir su asignación desde los 47.100 millones en el año fiscal 1980 hasta los 88.600 millones en 1983, esto es, un incremento colosal del 88 por 100. Además de este crecimiento, la Marina ha asumido responsabilidades operativas adicionales, vigilando las rutas marítimas en aguas distantes, bombardeando en el Líbano y poniendo en entredicho la hegemonía naval soviética en zonas estratégicas, tales como el mar de Barents y el mar del Japón.

Acompañando a esta expansión de las fuerzas y de las misiones de aplicación general, ha habido un nuevo énfasis en el desarro-

llo de armas convencionales de alta tecnología. Realmente, el armamento norteamericano convencional está viviendo ahora una revolución tecnológica tan profunda como la transformación del arsenal nuclear. En primera línea de esta revolución figura una nueva categoría de armas de «tecnología emergente» desarrolladas a partir de las *smart bombs* («bombas inteligentes») usadas por vez primera en el conflicto de Vietnam. Las armas de tecnologías emergentes incorporan complicados sensores y microprocesadores destinados a perseguir, identificar, apuntar y atacar a fuerzas e instalaciones enemigas con una suma precisión. Estas nuevas tecnologías, según dijo Weinberger en una reunión de la OTAN en 1982, darán lugar a nuevas armas convencionales «de una calidad sin precedentes que nos permitirán prácticamente golpear cualquier objetivo que nos fijemos, bajo cualquier condición meteorológica, de día o de noche».

Una finalidad destacada del programa de tecnologías emergentes del Pentágono consiste en desarrollar armas que puedan ser usadas para golpear bases y fuerzas enemigas muy adentro en el territorio del Pacto de Varsovia. En la eventualidad de un ataque soviético contra la Europa occidental, estas armas, llamadas «de golpe profundo» (*deep strike*), podrían teóricamente ser empleadas para neutralizar los escalones segundo y tercero de las fuerzas agresoras, mientras las fuerzas de primera línea de la OTAN se ocuparían del primero. Para que esta estrategia tenga éxito, el comandante supremo de las fuerzas de la OTAN, general Bernard W. Rogers, explicó que «debemos explotar la superioridad tecnológica occidental para dotarnos de los medios para apuntar y destruir con armas convencionales las fuerzas de retaguardia del Pacto de Varsovia antes de que puedan alcanzar la línea de contacto del frente».

Los partidarios de los sistemas de tecnologías emergentes sostienen que éstos permitirán a las fuerzas de la OTAN resistir a un ataque convencional sin recurrir (por lo menos inicialmente) al empleo de munición nuclear táctica. Este enfoque se ha ganado el favor de muchos dirigentes norteamericanos que tratan de reducir el compromiso de la OTAN en el uso de armas nucleares en los primeros momentos. Dado el «creciente consenso en que debería confiarse menos en el empleo de armas nucleares como respuesta a un ataque convencional del Pacto de Varsovia», el senador Sam Nunn dijo ante el Senado en 1982 que «crece la importancia de un elemento disuasorio convencional fiable». Sin embargo, para cumplir esta función, las nuevas armas convencionales deberán ser mucho más poderosas y letales que las hoy existentes; en efecto, deberán acercarse en capacidad destructiva a las armas nucleares pequeñas. Y mien-

tras la substitución de las cabezas de guerra nucleares tácticas por poderosos proyectiles convencionales viene siendo propugnada por algunos partidarios del control de armas, a su vez ha incurrido en la crítica de otros analistas, que temen que tal intercambiabilidad erosione el hiato entre guerra convencional y guerra nuclear.

A pesar de esto, la revolución en las armas convencionales avanza rápidamente. Este proceso viene acelerado, además, por una transformación igualmente profunda de la doctrina norteamericana de combate.

Sorprendentemente, en la vanguardia de la transformación doctrinal se sitúa el Ejército de tierra, tradicionalmente el sector más conservador de las fuerzas armadas en cuestiones doctrinales. Hace un año el Ejército formuló su primera doctrina de combate, completamente nueva por décadas. Conocida como AirLand Battle Concept, o ABC, esta doctrina propugna que las tropas norteamericanas se enfrenten a las fuerzas atacantes con una combinación de fuego masivo y rápidos contraataques sobre formaciones enemigas situadas en la retaguardia. Una tal estrategia requerirá una estrecha coordinación entre las unidades aéreas y las terrestres, y superiores servicios de inteligencia, movilidad y comunicaciones. «El resultado de la batalla ya no se decidirá por el desgaste entre líneas trazadas como en un partido de fútbol», señala un documento teórico del ABC. «Imagínese un partido de *soccer* comparado con uno de fútbol: cada elemento parece maniobrar de un modo independiente, no coordinado. En realidad, se trata de un plan de acción altamente coordinado.»

Mientras que muchos dirigentes norteamericanos han aplaudido el nuevo énfasis puesto en la innovación doctrinal, algunos aspectos de la estrategia AirLand han provocado alarma. Particular importancia para algunos responsables de las decisiones tiene el énfasis puesto en golpes ofensivos por fuerzas de «capacidad dual», es decir, fuerzas capaces de luchar tanto con armas nucleares como con armas convencionales. «Unos sistemas pensados para derrotar las fuerzas asaltantes del enemigo y para desbaratar las de la retaguardia —señala el documento ABC— deben ser capaces de emplear munición convencional y/o nuclear en toda la profundidad del campo de batalla.» Algunos críticos creen que este modo de ver llevará a que se empleen ya en los primeros momentos armas nucleares en futuras confrontaciones Este-Oeste y que la amenaza sobre instalaciones soviéticas clave en la Europa oriental y en la URSS occidental llevará a una rápida escalada hacia la confrontación estratégica nuclear. Dado que los golpes estadounidenses contra los

sistemas C3 y de defensa aérea de los soviéticos podrían amenazar la supervivencia de los sistemas moscovitas de represalia de segundo golpe, Barry R. Posen, del Centro para la Ciencia y los Asuntos Internacionales de Harvard, advirtió recientemente de que el empleo de esta nueva táctica podría «desencadenar presiones tremendas, posiblemente incontrolables, hacia la escalada, por encima de las preferencias de los responsables de las decisiones tanto norteamericanos como soviéticos».

Mientras que la revolución doctrinal ha avanzado mucho en el Ejército, pueden advertirse desarrollos paralelos en la Marina y en la Fuerza Aérea. A este respecto es digna de atención la propuesta hecha por el secretario de la Marina, John Lehman, de que las fuerzas de superficie estadounidenses naveguen por áreas de «alto riesgo» ante las costas de la URSS con objeto de atacar puertos clave y concentraciones navales de los soviéticos. Lehman ha señalado en particular la península de Kola (donde está la base soviética de submarinos dotados de cohetes de Murmansk) y el mar de Barents (al norte de Noruega y de la zona noroccidental de la URSS) como zonas probables para un ataque de esta índole. «¿Por qué deberíamos mantenernos en una estrategia marítima defensiva —comentó recientemente— siendo tan grandes las ventajas de ir hacia el norte [al mar de Barents] y de atacar las capacidades [navales soviéticas]?» Este enfoque ha conseguido la adhesión de algunos estrategas estadounidenses que desearían explotar la capacidad móvil de fuego de los buques dotados de cohetes; pero también ha recibido críticas de parte de otros analistas que temen que pueda desencadenar una réplica nuclear inmediata de los soviéticos y comprometer los esfuerzos norteamericanos para reforzar la OTAN y los aliados de los norteamericanos en el Próximo Oriente. «No se puede realmente hacer frente a una gran potencia continental euroasiática como la URSS —ha dicho en el *Washington Post* el ex-diputado y ex-secretario de Defensa Robert Komer— mordisqueando sus flancos con ataques de portaaviones.»

En conjunto, estos cuatro rasgos del programa reaganiano de defensa comprenden una transformación sin precedentes de los medios y de la política militar de los Estados Unidos. Mientras que cada uno de estos componentes es descrito como uno u otro tipo de réplica a iniciativas soviéticas, cuando se combinan tienden a sugerir algo muy diferente: un esfuerzo determinado y sistemático para restablecer el predominio militar de los Estados Unidos en el mundo y para configurar una institución militar más capaz y más susceptible de ser *empleada*. Esta tendencia es particularmente visible en el énfasis puesto por la administración en los grupos de combate con portaaviones y en

la Fuerza de Despliegue Rápido, medios que no tienen un auténtico paralelo en la institución militar soviética y cuya finalidad primaria no es otra que la intervención en conflictos en el Tercer Mundo, tales como la actual contienda del Próximo Oriente. Tales conflictos pueden afectar, en última instancia, al equilibrio de poder entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, pero su impulso y sus motivaciones proceden de antagonismos puramente locales. El programa de Reagan, por consiguiente, sugiere una tendencia estadounidense a actuar como «policía mundial», más que un temor del poderío soviético.

Este énfasis puesto en una fuerza militar susceptible de ser *empleada* se extiende, además, hacia las esferas nuclear y de la OTAN. Al proponer una expansión del sistema C3 y un complejo arsenal en el espacio, el programa estratégico de la administración sugiere una disposición mayor a preparar una guerra nuclear que a reforzar la disuasión. Un énfasis semejante en el combate nuclear en Europa también viene sugerido por el Air-Land Battle Concept del Ejército. En ninguna de esas iniciativas se vislumbra que la administración busque un *modus operandi* con Moscú que permita reducciones significativas de fuerzas en algún teatro de guerra o en algún nivel del espectro de combate. Más bien el enfoque completo supone la intensificación del compromiso global, y es probable que deje su sello en toda la política de defensa norteamericana por mucho tiempo.